

JUEVES SANTO DE LA CENA DEL SEÑOR

1ª lectura (Éxodo 12, 1-8.11-14.): *La sangre será vuestra señal.*

Salmo (115, 12-13.15-16.17-18): *«El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo»*

2ª lectura (1ª Corintios 11, 23-26): *Yo he recibido una tradición.*

Evangelio (Juan 13, 1-15): *¿Comprendéis lo que he hecho?, haced vosotros lo mismo.*

Es difícil entender el fondo de esta fiesta, tan importante para nosotros, si no se conoce la tradición de los pactos. En la antigüedad, los pactos se alcanzaban para bien de las dos partes, y la alternativa de su cumplimiento era la muerte, porque entre dos pueblos, dos grupos o dos familias enfrentadas, si no se establecía un pacto, las tensiones terminaban en violencia, en muerte, destrucción y derramamiento de sangre.

Por eso, en su celebración, la sangre era un elemento importante. Se recogía, al matar el animal que se sacrificaba, para firmar el pacto y señalar que esa sangre sustituía a la sangre humana que se hubiera derramado en caso de no alcanzarse el pacto, pero era, una llamada de atención y un aviso de lo que ocurriría si este pacto no era respetado, porque de nuevo correría la sangre.

El animal sacrificado tenía varias funciones: era la comida de celebración por el fin de la violencia, era la alegría de una etapa nueva de convivencia y de paz, era el sustituto de otras posibles víctimas humanas que morirían de no existir el pacto, era el recuerdo histórico y la invitación a mantener los lazos de relación pacífica que se había iniciado y cuyo fin sería catastrófico.

Entre los pactos y alianzas había sus diferencias en razón de su protección y significado vital. Un pacto con Dios, una alianza de ese nivel, era y es la máxima expresión de cobertura, garantía y seguridad. Era y es la alianza de la vida, el más de lo más.

Hoy, estamos celebrando, todavía, ese antiguo pacto. No hay sangre material ni cordero animal, pero hay una víctima que nos sustituye a todos. Jesús, en la cima de su madurez personal y su compromiso solidario con la humanidad, se coloca en lugar de todas las víctimas del mundo y de la historia para acompañarlas y dar sentido de transformación al sufrimiento, sentido de futuro de la vida, de esperanza a todos y la razón del amor.

En una tarde de primavera, como la de hoy. Jesús, un judío que practicaba sus tradiciones, se reúne en una sala alquilada para celebrar la cena que recordaba los comienzos de su pueblo cuando consiguió la libertad y tuvo que asumir la responsabilidad de organizar su propia convivencia, darse unas leyes y conseguir un sentido de respeto y de justicia para todos que les permitiera vivir. Lo celebran desde la convicción profunda de que, aunque ellos han tenido que luchar duro para conseguirlo, ha sido Dios quien ha hecho posible su realidad.

Ahora, en medio de aquella cena, Jesús convoca a sus amigos a realizar el mismo trayecto que hicieron sus antepasados para dar origen a un nuevo pueblo, comunidad, que quiera aportar una nueva forma de vivir uniendo libertad, justicia, amor y esperanza. El proyecto es “*apasionante*”, la tarea “*ardua*”, el plazo de ejecución “*tanto como la historia*”, la necesidad “*urgente*”. La base y el centro de este proyecto es el amor expresado en actitud de servicio.

Pero esto requiere una gran madurez personal, una gran libertad de ambiciones e intereses y una firme y convencida esperanza en las posibilidades de construir un mundo nuevo desde estos cimientos. En el nuevo proyecto van a ocupar un lugar central los menos válidos, los más sencillos y los más necesitados.

Todo eso va a tratar de responder a dos cosas: la primera es “*el deseo de dar gracias a Dios porque nos ha perdonado ya a todos*”. Somos la comunidad de los que se saben perdonados. La segunda es “*la necesidad de ocuparnos con seriedad, sencillez y constancia en la instauración de una convivencia más humana, más pacífica, más alegre*”. Somos una comunidad de todos hermanos.

La celebración de este día es por tanto el recuerdo vivo de la última cena de Jesús y la celebración de un compromiso que hacemos con Él para hacer posible, entre todos, este proyecto suyo. Comiendo el pan evocamos a todas las víctimas de la historia, hechas presentes en Jesús, y nos ponemos a disposición de Dios y de los necesitados del mundo para evitar más víctimas y hacer posible la alegría, la libertad y la vida para todos sin distinción.